

bién un oído impecable, capaz de convocar toda la melancolía del mundo con una aliteración rutinaria: "lo que se llama el alma, el corazón, llorando: llorando gruesas lágrimas la lluvia". Para el buen lector, esta frase será el ojo de una cerradura; para el mediocre será, a lo sumo, un collar. No sé si sea necesario que explique la metáfora.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

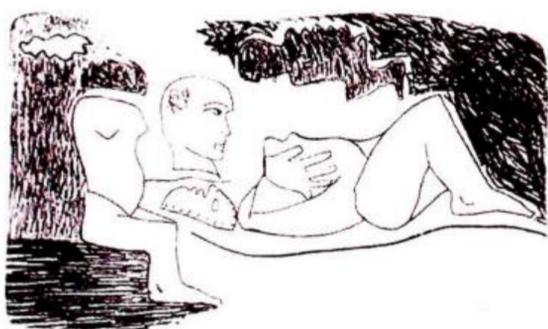
## Ráfagas de dardos

### La Rambla paralela

Fernando Vallejo

Alfaguara, Bogotá, 2002, 152 págs.

Ya estamos habituados a las tradicionales ráfagas de dardos que suele disparar el escritor antioqueño Fernando Vallejo. Con un lenguaje conciso y directo ha conseguido crear un estilo propio que ha removido las taras del ser humano y ha revelado parte de la condición de ser colombiano: nuestras miserias, desgracias y los modos de vivir, caricaturizados a través de acciones hiperbólicas cargadas de ironía y humor.



Fiel a ese estilo autobiográfico, que aparece en casi toda su obra, *La Rambla paralela* continúa esa tradición que pasa por novelas como *La Virgen de los sicarios*, *El río del tiempo* (serie de cinco novelas agrupadas bajo ese título) y *El desbarrancadero*. El argumento de la obra es bastante sencillo. Se trata de la celebración de una feria del libro en Barcelona, en la que el país invitado es Colombia. Un escritor colombiano —Vallejo—

narra entonces todo el acontecimiento desde el viaje de llegada a la ciudad hasta el día en que debe irse después de una intervención en público. Esta disculpa de la feria sirve para que el autor nos relate sus anécdotas en la ciudad y la percepción de los ambientes que frecuenta.

Nuestro personaje no consigue conciliar el sueño durante su estadía en Barcelona, razón por la cual se ve obligado a recorrer impenitentemente las calles, bares y rincones de la ciudad como única manera de exorcizar su vigilia y su constante presentimiento de muerte.

En realidad, el escritor utiliza estos acontecimientos para conseguir hacer referencias directas a la clase política e intelectual del país, con las ya conocidas diatribas al ser humano, a la procreación, a las religiones, a los estadistas, a los lectores —y un etcétera bastante largo—, que no dejan de ser divertidas y mordaces. Pero detrás del argumento y de estas descargas de rabia hay una reflexión interesante sobre la vida y la muerte, fundidas en un solo tiempo que se confunde con algo parecido a un presente alucinado.

Lo uno y lo otro no son divisibles y casi siempre se mezclan de manera que el lector no alcanza a percibir ni desprender el asunto esencial de las anécdotas y los agravios:

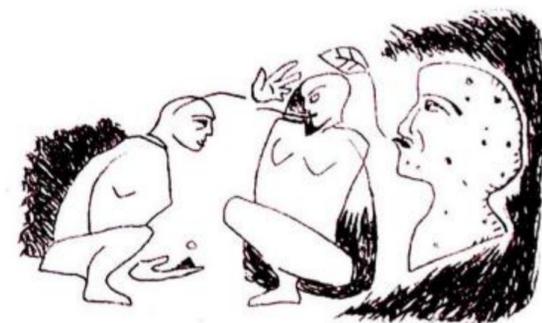
*El viejo era humilde de tan soberbio. Por eso me caía bien. Le tuve siempre simpatía y fui a su entierro, que fue un otoño cualquiera con árboles en pelota. Cuatro pelagatos fúnebres componían el cortejo, más un perro y viento. El perro "se les había pegado", como dicen en Colombia, a los dolientes; y el viento le ventilaba las pulgas al perro. ¡Qué tristeza! ¡Qué desolación! ¡La muerte qué hijueputa es!*

*—Pero más es la vida —sentenció el viejo tomando de una de las mesas del stand un libro de Planeta colombiana, que al abrirlo se desencuadernó—. ¡Uy, qué mal empastado, en qué mal papel y qué mal impreso! Los libros de Planeta colombiana los hacen con*

*bagazo'e caña, son una mierda... menos mal que los libros ya se iban a acabar para que Colombia dejara de perder tiempo en eso. Colombia no nació para los libros. Ni para el fútbol. No tenía salvación...*

### Narración, tiempo y espacio

Con una escritura impecable, donde la palabra es vehículo de comunicación de emociones y no filigrana barroquista, Vallejo construye *La Rambla paralela* mediante un lenguaje directo, crudo y franco, que da a la novela una velocidad narrativa que conduce a un ritmo de lectura propio a su estilo y que encaja adecuadamente con el tono del personaje y del narrador.



Alternando el lenguaje coloquial con otro mucho más neutro, Vallejo dirige su novela al público de habla hispana, haciendo aclaraciones cuando utiliza las palabras propias del español que se habla en México, Colombia o España. Conciencia gramatical que no es nueva en él y que se vuelve acierto porque, a pesar de las referencias directas a estos tres países, cualquier tipo de lector en español podrá —casi siempre— entender perfectamente los juegos de palabras, los usos humorísticos de éstas, los improprios y los aciertos expresivos de los personajes y del narrador.

El humor despiadado que utiliza el autor matiza en parte aquellos momentos en que parecemos perder el hilo de la lectura y aparecen el desaliento y el mareo que producen las reiteraciones en los temas y los maltratos y ofensas constantes a personajes existentes y a realidades del país que nada tienen que ver con la elaboración del relato de ficción. Ese recurso —el del humor— atenúa alguna impaciencia que produce la lec-

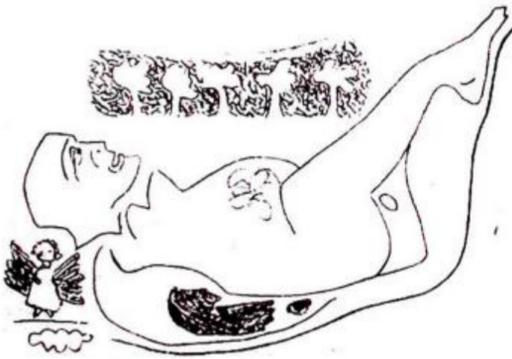
tura y termina siendo recurso literario, especialmente cuando la dicción del autor es original e inteligente:

*... En Colombia eso no falla, ¿por qué ha de fallar aquí? Si en todas partes somos la misma especie bípeda...*

*¡Y déle con el “semos” y con el bipedalismo prodigioso en que culminó la evolución!*

*—Al haberse enderezado el pitecántropo no bien bajó del árbol, le quedaron libres los dos remos delanteros para robar.*

Aunque la novela transcurre en Barcelona como presente, por aquellos artificios de la memoria, pasamos constantemente a Medellín y a ciudad de México. Como se comenta en la contracarátula de la edición: “En su desesperación por rescatar lo que sólo existe en su memoria de muerto, el cadáver ambulante que la cuenta nos lleva de la mano por una Barcelona abrasada en el calor que a veces es Medellín y a veces México”.



Y así se refleja también con la aparente presencia de dos narradores: uno que es el viejo protagonista de la novela, aquel que busca ya la muerte —o ya está muerto— y es furia incontenible contra la vida, que va despotricando de todo a su alrededor; y otro, de tono más moderado, que parece ser el mismo escritor, que va contándonos todo lo que el viejo piensa y no nos dice de su propia boca.

*La mariquita de Gaviria borró de un plumazo la palabra “honorable” del diccionario de Colombia. Le siguieron el bellaco Samperito y Pastranita, otros dos.*

*Y no soy yo el que lo está diciendo, era el viejo el que lo iba pensando mientras avanzaba al borde del mar por un malecón de palos.*

El dolor y la furia del viejo provienen de la pérdida de los seres queridos y de la nostalgia por los espacios felices de su sosegada infancia, que ya han sido tratados por Vallejo a lo largo de su obra. Son, a mi entender, la muerte de la abuela y de la Bruja —su perra— y los espacios aludidos son Medellín y Santa Anita —la finca familiar ubicada a las afueras de esa ciudad—.

*... Y es que él no estaba dispuesto a ponerla en peligro. La Bruja era su último tesoro, habida cuenta de que de niña le deshizo en hilos sus cuatro alfombras persas.*

*—¿Y si iba solo?*

*—Solo tampoco porque no podía dejarla huérfana. Mientras ella viviera también tenía que vivir él. Cuando murió la Bruja empezó a cruzar calles con los ojos cerrados.*

El viejo busca desesperadamente el retorno a ese origen perdido como única salida al tedio de vivir, al cansancio del hombre y a la rabia misma por la existencia. Tanto así, que la novela empieza y termina con un sueño en que el personaje está tratando de comunicarse telefónicamente con Santa Anita, desde el presente, en el que ya no existe, como tampoco su abuela.

Al perder entonces esa posibilidad de comunicación, el viejo muere y también es el final de la novela. Es el anuncio de la privación de la felicidad, de la infancia aludida. El impedimento del regreso al origen concluye con la esperanza de la vida y da paso al estado de trance que tanto buscaba el personaje como único refugio después de todo, como última manera de escapar de la vigilia, del odio y la angustia padecidas.

*—¿Adónde estoy llamando, señorita? ¿No es ése el setenta y cinco ciento veintitrés?*

*—Exacto. Ese mismo.*

*—O sea la finca Santa Anita, de doña Raquelita.*

*—Exacto. Aquí fue.*

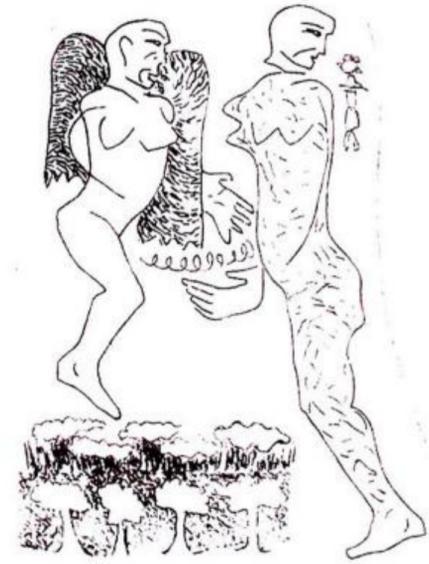
*—¿Cómo que fue!*

*Fue mas ya no es. Todo lo que algún día es otro día deja de ser. ¡O qué! ¿Cree que esto es eterno?...*

*—Páseme pues a doña Raquelita —pidió suplicante.*

*—¿A cuál doña Raquelita! ¡Jua, jua, jua, jua! —le contestó la voz.*

*Dios no existe, ni el cielo, ni el infierno. Sólo tenía esa oportunidad para recuperar a la abuela. Era la última. Si se cortaba la comunicación, se iban a perder los dos, para siempre, en el vacío. Y ¡clic! Se cortó. En la angustiada irrealidad del sueño la arritmia tomó entonces el control del corazón.*



Para algunos, será una novela que causará indignación por las referencias precisas a personajes y realidades, por las polémicas opiniones sobre la natalidad, la mujer, la familia, el homosexualismo y la intelectualidad; para otros, será de agradable lectura por coincidir con las opiniones que se dan o por concordar con ese feroz sentido del humor de Vallejo y con la ironía misma que entrañan sus comentarios.

Pero más allá de ese hecho anecdótico hay una novela inteligente, escrita con un lenguaje límpido, cargada de sinceridad, de angustia y de mucha ternura en considerables ocasiones, con reflexiones profundas y poéticas sobre el dolor de vivir, sobre la pérdida del instante feliz, sobre el

deseo tácito de la muerte; todas estas preocupaciones de cualquier obra que quiera tener un carácter universal, que quiera dar cuenta de la misma condición humana.

SANTIAGO TOBÓN

## El romanticismo de los románticos

**El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica**

Carmen Elisa Acosta Peñaloza  
Universidad Nacional de Colombia,  
Bogotá, 2002, 107 págs.

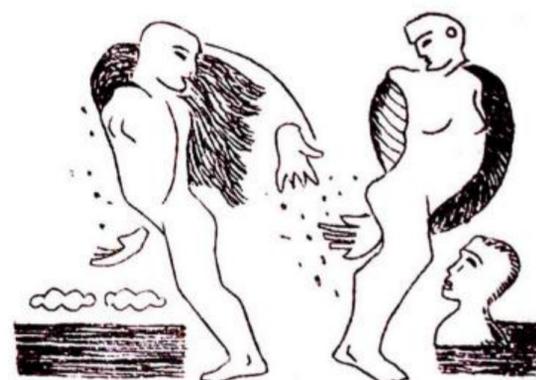
Este texto me parece que vale por las once páginas del prólogo, pues trae a colación el tema del romanticismo entre los escritores del siglo XIX, tanto en París como en Colombia y Argentina, y nos presenta al precoz y dotado Felipe Pérez, quien nació en una hacienda de Sotaquirá (Boyacá) en 1836, pertenecía al recién fundado partido liberal de los Gólgotas, “la redención para los pueblos”, a sus 16 años era secretario de la legación de la Nueva Granada que visitó Ecuador, Perú, Bolivia y Chile (de la cual era jefe Manuel Ancizar, el ilustre y joven conspirador en La Habana y autor de *Peregrinación de Alfa*), noveló a los incas y a los conquistadores en cuatro obras, apenas a la edad de 20 y 22 años, cuando, como en la Europa de Balzac, en Bogotá se publicaba por entregas en la prensa, hacia 1857. Era también un guerrero, participó en varias batallas contra las dictaduras conservadoras y fue desterrado hacia el final de su vida, permaneciendo una fatal temporada en los *campamentos* godos, literalmente *campos de concentración* dispuestos por el partido conservador victorioso en 1885. Fue también Felipe Pérez un educador, fundó el colegio Pérez Hermanos junto con su hermano Santiago, el cual iba a ser presidente de los Estados Unidos de Colombia entre 1874 y 1876. Hom-

bre de Estado también era Felipe, y geógrafo, hizo el *Compendio de geografía elemental aplicada y prontuario del Atlas Colombiano* (1888). Fundó el diario *El Relator*, en cuyos folletines publicaba novelas cortas de corte romántico, como *Sara*, dedicada, y su edición donada, por el autor, “a los niños desamparados”, a través de un hospicio en Bogotá; novelita donde la joven rica se enamora, para su perdición, del joven de talento que fuera un gamín, adoptado por un hombre culto que habla como Sancho, por medio de refranes: “Si está repleto el mortero, mal lo maja un majadero”.

Uno encuentra todavía las novelas de este autor en la Colección Patrimonio Documental de la biblioteca de la Universidad de Antioquia, junto con el último editorial que escribió para el diario *El Relator* —al que no se refiere la autora del texto objeto de esta reseña, concentrada en las novelas de tema incaico—, y titulado *La ley del tiempo*, firmado el 16 de diciembre de 1890 (pocos meses antes de que el autor, de 55 años, en 1891, fuera arrollado por un coche en Bogotá), donde se refiere a la eterna polaridad entre los que pretenden que las cosas deben seguir siendo como están, aun si es preciso el uso de la fuerza, tradicionalistas —aunque se llamen *Restauradores*, como el tirano Rosas en Argentina; *Pacificadores*, como el general Morillo en la Nueva Granada de 1815, que fusiló a Policarpa y a Caldas, entre otros; o *Regeneradores*, como los godos en la época de Felipe Pérez—, y los que quieren y luchan porque las cosas cambien, progresistas, liberales.

En esta misma Colección Patrimonio Documental, en el mismo librito donde aparece el poema de Felipe Pérez, *Aquimen-Zaque o la conquista de Tunja*, parodia de Ercilla y su *Araucana*, y caricatura de Akimín, encuentro el escrito dedicado el 15 de agosto de 1879 por Luciano Carvallo a Mariano Ospina Rodríguez, y que encabeza *La lucha entre el catolicismo y el liberalismo*, donde dice: “El mundo cristiano parece próximo a experimentar una tremenda catás-

trofe. Los acontecimientos que han venido cumpliéndose en la sociedad europea, parecen acelerar el imponente desenlace de la batalla gigantesca que se ha empeñado en el mundo, entre las huestes católicas y las falanges liberales [...] ¿De dónde procede que los instintos salvajes y las pasiones concupiscentes e iracundas estén a punto de abrasar con sus incendios la sociedad cristiana? Procede de la rebelión”.



El último editorial de Felipe Pérez en *El Relator*, al que nos referimos, termina con una nota voluntarista y de un optimismo melancólico, nota que resuena notablemente con el mensaje enviado recientemente por García Márquez a la Comisión de Sabios (encargados hace diez años, y ahora, de dar un diagnóstico sobre el estado de *salud* del país), donde Gabo cita al Cervantes piadoso que escribe: “Todas las borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, ya que no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca...” Aunque Gabo agrega que Cervantes hoy no habría dicho tal en relación con Colombia, termina su mensaje diciendo: “Me atrevería a creer que la ilusión de don Miguel de Cervantes está ahora en su estación propicia para vislumbrar los albores del tiempo serenado, que el mal que nos agobia ha de durar mucho menos que el bien”.

He aquí lo que escribe, por su parte, Felipe Pérez en su editorial de 1890: “Es por eso por lo que hay algo desconocido que se agita, algo que ruge como el león en furor, y que no tardará en manifestarse. ¿Es la